

Director: Salvador Rueda.

El General Primo de Rivera

En su número del pasado lunes, el popular periódico el *Heraldo* describía así el suceso que preferentemente ocupa la atención de toda España:

«A las once y media de esta mañana se encontraba el Capitán general del primer Cuerpo de Ejército, señor Primo de Rivera, en su despacho, acompañado del general segundo cabo señor Sánchez Gómez.

Los dos generales se hallaban alrededor de la mesa de despacho, situada en el fondo izquierda de la habitación.

El general Primo de Rivera llamó á uno de sus ayudantes, preguntándole si le esperaba alguien para celebrar audiencia.

—Sí, señor; dos oficiales del Ejército.

—Pues que pase uno de ellos primero—contestó el general.

Cumplimentada la orden, abrióse la puerta y entró el capitán de Infantería de la escala de reserva, perteneciente á la zona núm. 57, Sr. Clavijo y Sobrino.

Dirigióse derechamente á la mesa ocupada por los generales Primo de Rivera y Sánchez Gómez, y cuadrándose delante de aquél, le dijo:

—A la orden de V. E.

Sacó en esto un revólver Smit del bolsillo del pantalón é hizo fuego, apuntando al pecho del Capitán general.

Este vaciló un momento al sentirse herido, y trató de repeler la agresión.

El general Sánchez Gómez se abalanzó sobre el agresor y comenzó á forcejear para arrebatárle el revólver; no pudo impedir, á pesar de todos sus esfuerzos, que el capitán Clavijo hiciera un segundo disparo: el proyectil alcanzó al

general Primo de Rivera en el brazo izquierdo, atravesándoselo de parte á parte.

Aun seguía forcejeando el general Sánchez Gómez con el agresor, cuando el Sr. Aymerich, ayudante del Capitán general, entró apresuradamente en el despacho, al ruido de la primera detonación.

El Sr. Aymerich se hizo cargo de lo que ocurría, y se abalanzó sobre el agresor, quitándole el sable.

Trató de separar al general Sánchez Gómez; pero en vista de que era imposible, y que el capitán Clavijo pretendía hacer nuevos disparos, descargó tres sablazos, dos de los cuales alcanzaron al general Sánchez Gómez en la cabeza; el otro le abrió una brecha en la sien derecha al agresor.

El Sr. Aymerich pudo sujetar al fin al agresor, mientras el general Sánchez Gómez y otras perso-

nas que ya habían acudido levantaban el desvanecido cuerpo del Capitán general, colocándole provisionalmente en un sillón.

El agresor, con los ojos que parecían saltar de las órbitas y la guerrera desabrochada, se sentó en una silla.»



GAZAPOS



PUES no ha sido esta semana de las más desdichadas para la prensa, la tribuna y las letras «parias», denominadas «patrias» por algunas personas de buena voluntad.

No han abundado los disparates como suelen, aunque sin faltar, por supuesto, muestras de incapacidad, incultura, insinceridad, indocumentación..., modernismo se llama esta figura.

No han hecho «gemir las prensas» esos poetas que venden ejemplares en los Ministerios y dependencias del Estado, de la provincia ó del municipio, tomo de versos ó colección de cuentos y leyendas con monos, ó sin otro mono que el retrato del autor.

Usted no sabe lo que es ese comercio: escribe sus libros y los lanza á la publicidad, y las gentes los compran, amigo Rueda.

Como Manolo Reina, canta ó escribe por inspiración y para desahogarse.

Pero hay otros autores que apuntan siempre con la pluma, como si fuera cañón de trabuco, á Fomento, Ultramar, Diputación provincial y Ayuntamiento, para la colocación de ejemplares con destino á bibliotecas ó al fuego eterno.

En esta semana nada de eso ha salido á la superficie. No porque se hallen convictos de que «peor es meneallo», sino por feliz casualidad.

Con los gazapos literarios y artísticos ocurre lo mismo que con los incendios, los robos de *great attraction* y los suicidios y los asesinatos.

Hay rachas: temporadas en las que todos nos suicidamos, ó todos nos batimos ó á todos se nos incendia alguna cosa ó alguna casa.

Síguen á éstos, afortunadamente, períodos de calma y tranquilidad, durante los cuales nadie roba sino con cierta educación; siquiera, nadie pincha, nadie se suicida; nadie se quema, nadie publica tomos de fiambre en verso ó en prosa para bibliotecas populares ó para el común dominio.

Esta semana ha sido de las menos malas

El estado sanitario de Madrid muy satisfactorio.

Pero ya empiezan las críticas, digámoslo así, de las obras expuestas en el Palacio de Bellas Artes.

Ya empieza aquello de «La cabeza del rey D. Felipe está desdibujada, falta ambiente, y el color no está sentido ¡Qué diferencia entre el lienzo del Sr. Salmonete y *La infancia de Joaquinito Rodajas*, del joven Chorreones!

En punto á críticas, vean ustedes, ó lean si gustan, las líneas siguientes de una *crónica* del eminente escritor franco-español y aragonés—que no se olvide esto último—D. Eusebio Blasco, publicada en *El Liberal*:

«Declaro con toda sinceridad que ya no sé cómo manifestar mi entusiasmo por una porción de cosas....»

Estos puntos suspensivos deben de suplir algo grave; porque cuando D. Eusebio, que en asuntos de puntuación no es lego, los emplea, falta harían.

«He averiguado, visto y reconocido que aquí en este Madrid, donde llevo ya muchos meses, no se entusiasma nadie por nada, ¡y todo el mundo es indiferente á todo!»

¡Qué vergüenza para este Madrid!

Las almas sensibles no somos de este mundo, ni de este Madrid.

Aunque, «pensándolo en castellano», que nadie se entusiasme por nada, se explica satisfactoriamente.

Lo lamentable sería que «por nada se entusiasmasen».

«Resulta de esto que, si se hace constar tal falta de sentimientos de esos que yo llamaría *nacionales*, puede uno ser acusado de *extranjerismo*.»

«Uno» y otro.

«Y cuando, por el contrario, siente uno (y otro, y van dos) hervir la sangre española y aragonesa....—*chico y chica*, como piden los camareros de café en el mostrador, «limón y cerveza»,—española y aragonesa, en presencia de cosas y hechos en los que nadie repara, entonces se duda de la sinceridad del que, viejo ya, se siente siempre joven en los afectos é inclinaciones.»

Respiremos, corazones sensibles españoles y aragoneses.

Quien tuvo entusiasmo, como D. Eusebio Mondragón, para su patria, guardó para la vejez.

«¡Porque perecieron cuatrocientos y tantos marinos, yéndose á las profundidades del mar en el *Reina Regente*, estamos de jolgorio hace un mes!»

En eso estamos conformes; sí, señor.

Se hace lo que usted y yo y otros cronistas y críticos habremos hecho, aunque yo lo ignoro, ó «uno lo ignora», como usted escribe.

Remitir en secreto un billete ó dos, de mil pesetas cada uno, y callar como un melocotón.

«Pasaban el otro día los oficiales que iban á Cuba por la Carrera de San Jerónimo.»

¡Buen itinerario!

¡A Cuba por la Carrera!

«El público que volvía de los toros, les vió pasar silencioso.»

Sería una obsesión; porque aquellos toros no estarían ya visibles.

«Vamos á dar un viva á España—decía yo.—No, no haga usted eso; podría parecer mal, pues no respondería la gente....» (Más puntos suspensivos.)

«Dios mío, ¿qué es esto?»

Que este Madrid ya no es el Madrid de usted, aquel Madrid manolo y *toreador*, ¡helas!

«¡Ah! ¡Los soldados!»

«Estos son los que á mí me sacan de *mis* casillas, y me llevan tras ellos allí donde pueda verlos junto....»

Estos puntos suspensivos al fin del pensamiento, son graves.

¡Ay, gustos!, ó ¡hay gustos!, ó ¡ahí gustos!

Y por último:

«Cuando me encontré á Peral en París, en el rincón de un restaurant español, solo, leyendo *El Liberal*....»

Estos puntos suspensivos son de mi cosecha: si D. Eusebio hubiera escrito ese artículo en *El Imparcial*, supongamos, el Sr. Peral habría estado en el rincón leyendo *El Imparcial*, y lo mismo digo si se publica la crónica aludida en LA GRAN VÍA.

«.... y, sin darse á conocer á los parroquianos, me dijo:

¡Sin darse á conocer á los parroquianos suyos, á qué?

«¡Ay, amigo mío! ¡No me pregunte usted nada!»

«Yo sólo le pido á Dios morirme sin que me arrastren....»

¡Conque pedía á Dios *morirse*? ¡No pediría eso el ilustre Peral!

¡Qué disparate! La vida y la gramática son muy amables, y el insigne marino conocía la sintaxis como la electricidad, y no hubiera dicho eso y lo que sigue:

«.... cosa que no me extrañaría, dada la ira popular que ha sucedido á mi gloria.»

Ni hubo tal ira popular, ni él debió creerlo de esta nación española y aragonesa.

«Y, sin embargo, alzamos juntos el vaso y dijimos á un tiempo» (alzando un vaso):

«—¡Viva España!»

Amén.

EDUARDO DE PALACIO.

HUMORADA

Te abanicas con gracia, y te suplico
que tengas muy en cuenta,
que puede levantar un abanico
con el aire más dulce una tormenta.

CAMPOAMOR.

LA FIESTA DEL CORPUS

En la aldea.

La mañana risueña y perfumada
prodiga sus deleites y esplendores.
De verde juncia y pétalos de flores
la bulliciosa calle está alfombrada.

Color y vida, jóvenes hermosas,
júbilo y paz, ingenuos madrigales,
fajas de seda, pintorescos chales,
bucles ornados de fragantes rosas.

Fulgura el sol en las tostadas frentes;
en las rejas, que brillan como plata,
abre el clavel sus hojas de escarlata
junto á los frescos labios sonrientes.

Llena de sencillez y poesía,
entre las vagas nubes del incienso,
pasa la procesión. Un grito inmenso
resuena de entusiasmo y alegría.

Bajo el palio de grana resplandece
el sagrado viril, símbolo santo.
Laten los corazones; dulce llanto
las serenas pupilas humedece.

Mientras en el azul se alza y blanquea,
con sus nidos de alegres golondrinas
y sus vibrantes notas argentinas,
el pobre campanario de la aldea.

En Madrid.

Prodiga sus deleites y esplendores
sobre Madrid la virgen primavera.
Bañada está la capital entera
en encendida atmósfera de amores.

Lujo y animación, risas perladas,
balcones coronados de hermosuras
y de tiernos galanes, colgaduras
que parecen banderas desplegadas.

Ríe el sol en las joyas y en los trajes,
y besa el rostro de apretada nieve,
en tanto el aura voladora mueve
de las blancas mantillas los encajes.

Con la oficial brillante comitiva
pasa la procesión majestuosa;
la muchedumbre apíñase curiosa,
muerta la fe, la sed de goces viva.

Bajo el palio magnífico aparece
la soberbia custodia de diamantes.
Hablan con entusiasmo los amantes
y el fuego en las pupilas resplandece.

Mientras en el espacio centellea,
con sus radiantes formas cinceladas,
sus trenzas de oro y fúlgidas miradas,
lasciva y triunfadora Citera.

MANUEL REINA.

PROMESA Y REALIZACIÓN

Sí; no he vuelto á recordarte
que un beso me has prometido.
¡Lo deseo tanto....., tanto!.....,
lo espero con tal ahínco,
que prefiero, hermosa mía,
aunque parezca sofisticado,
el deseo de esperarlo
al placer de recibirlo.

JOSÉ CARLOS BRUNA.

EL CREYENTE Y EL ATEO

Piden al cielo piedad;
y al obtenerla los dos,
aquél exclama:— ¡Fué Dios
y éste:— La casualidad.

No la alcanzan, y bendice
al Dios del cielo el creyente;
¡en cambio, el irreverente,
que no cree en Dios, le maldice!

FELIPE A. DE LA CÁMARA.

MARINA

Á SUSILLO

En el vago silencio de la bruma,
del perdido horizonte en el celaje,
se escucha de la mar el oleaje
deshecho en blanca tremulenta espuma.

El astro rey su resplandor esfuma
de las nubes envuelto en el ropaje,
mirando cómo surca en níveo encaje
la gaviota su pesada pluma.

Las azuladas olas cristalinas
reflejan las imágenes aquellas
como sombras de sílfides y ondinas.

En el pálido albor de las estrellas
las misteriosas náyades marinas
murmuran en silencio sus querellas.

FERNANDO DE ANTÓN.

Tan poco espero de ti,
que menos daño me hace
ya la esperanza que muere,
que la esperanza que nace.

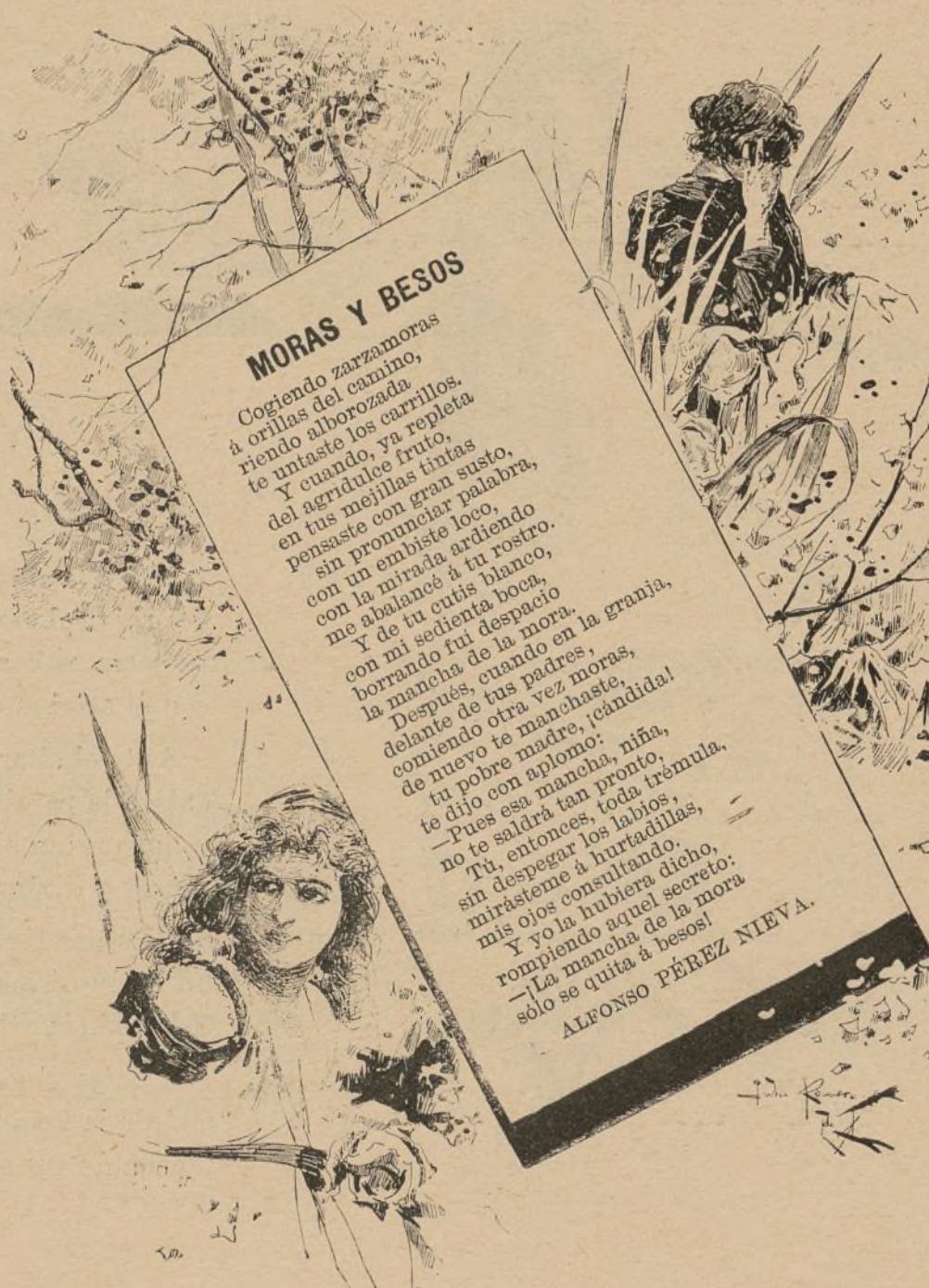
Luna que hermosa recorres
la inmensidad de los cielos,
¿cuándo veré tus rayitos
plateando sus cabellos?

Me duelen á mí tus males
mucho más que á ti, serrana;
¡lo que te duele en el cuerpo,
á mí me duele en el alma!

Ahora siento que se acerca,
ya escucho su leve andar:
¡No!..... ¡Es la brisa que ha movido
las flores de ese rosall!

En tu sepulcro una losa;
sobre la losa una cruz;
encima de todo un cielo,
y abajo otro cielo: ¡tú!

BALDOMERO LAGUILLO.



MORAS Y BESOS

Cogiendo zaramoras
á orillas del camino,
riendo alborozada
te untaste los carrillos.
Y cuando, ya repleta
del agrídulce fruto,
en tus mejillas tintas
pensaste con gran susto,
sin pronunciar loco,
con un embiste ardiendo
con la mirada á tu rostro,
me abalancé á tu boca,
Y de tu cufis blanco,
con mi sedienta boca,
borrando fui despacio
la mancha de la mora.
Después, cuando en la granja,
delante de tus padres,
comiendo otra vez moras,
de nuevo te manchaste,
tu pobre madre, ¡cándida!
te dijo con aplomo:
—Pues esa mancha, niña,
no te saldrá tan pronto,
sin despegar á hurtadillas,
mis ojos consultando.
Y yo la hubiera dicho:
rompiendo aquel secreto:
—¡La mancha de la mora
sólo se quita á besos!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



VERANO

Llena la sien de espigas y de rosas,
del rojo sol eterna apasionada,
la tierra, ruborosa desposada,
con él celebra dichas amorosas.

Ante el altar, las manos temblorosas
enlaza la pareja emocionada,
y murmuran el sí con voz alada
céfiros y divinas mariposas.

De entre las galas de la ardiente esfera
un himno á los espacios solitarios
todo exhala vibrando por doquiera.

Y entre el gemir de los acentos varios,
ondula la flotante enredadera
meciendo sus azules incensarios.



LA JUVENTUD EN ESPAÑA

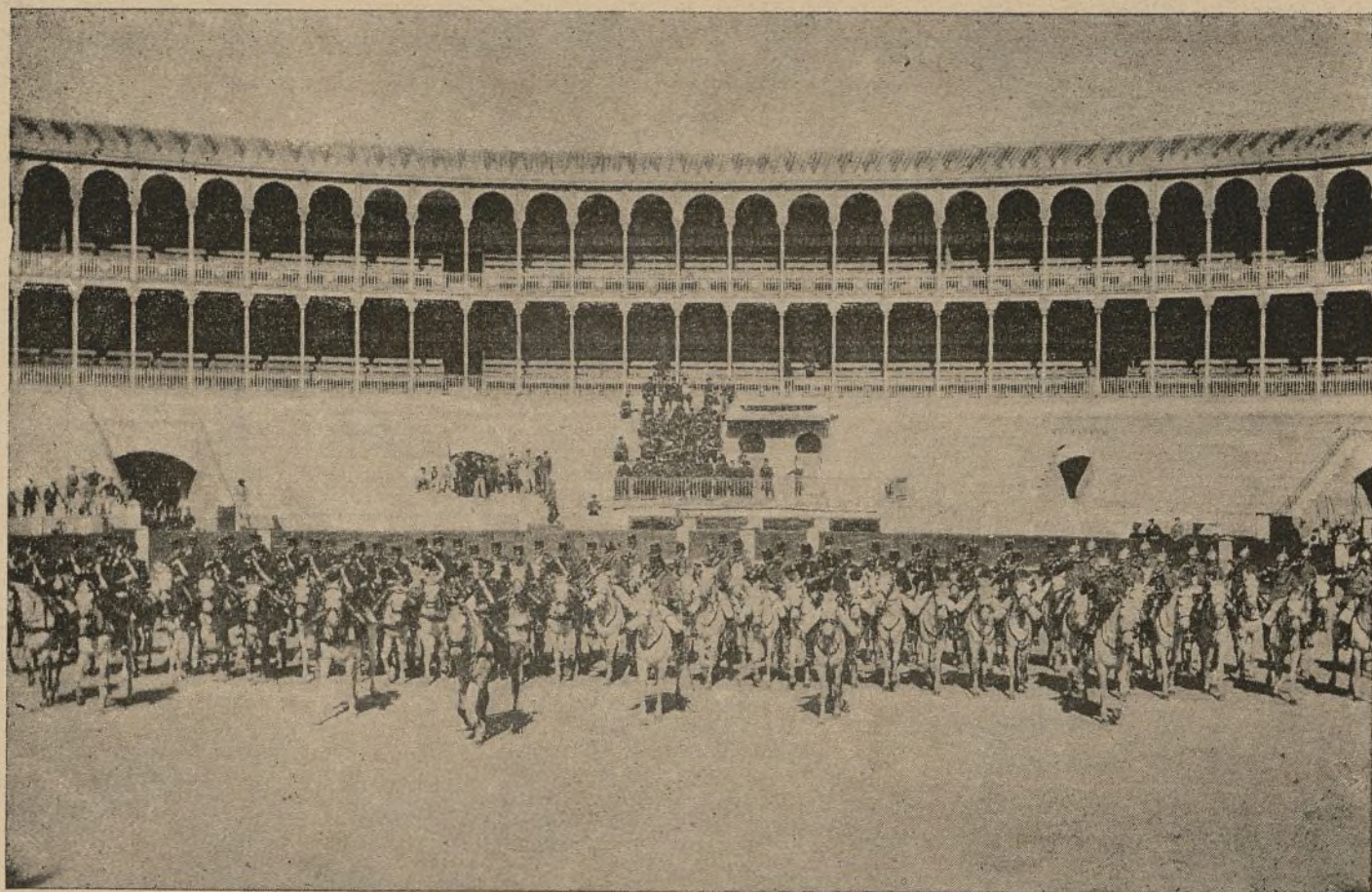
Un escritor de inteligencia y de espíritu, el Sr. Villegas (*Zeda*), ha dicho recientemente en *El Imparcial* que en España no hay juventud en ninguno de los órdenes intelectuales. Respetamos ese juicio del Sr. *Zeda*, como respetamos los de todo escritor que tenga altura moral literaria; pero nos parece que para demostrar que existe hoy una brillantísima juventud en España no hay mejor prueba que escribir, durante un minuto, con el reloj delante, nombres de jóvenes de mérito. Empezamos: Menéndez y Pelayo, Benlliure, Susillo, Querol, Moreno Carbonero, Sorolla, Muñoz Lucena, Cecilio Plá, Bilbao, Ricardo Gil, Castro, Durbán, Catarineu, Paso, Stor, Aza, Felipe Pérez, Sinesio Delgado, Manuel Antón, Mattoni, M. de la Rosa, Clemente, Viniegra, Nogales, Checa, García y Ramos, Alcántara, Ruiz Guerrero, Vincenti, Coris, Bringas, Cutanda, Huertas, Meifren, Plá y Rubio, Trilles, Parera, Rafael Altamira, Azúa, Calatraveño, Jimeno, Simarro, Ovejero, Dejetán, Picón, Armando Palacio, Clarín, Inurria, Maura, Canalejas, Bosch, *Zeda*, Burell, Canals, Cavia, Feliú y Codina, Dicenta, Miguel Moya, Rafael Gasset, Rodrigo Soriano, Francos Rodríguez, Manuel Reina, Fernández Shaw, Augusto y Adolfo F. Figueroa, Segundo Carrera, Pidal (son varios), Muni-lla, Vicenti, Mélida, Conde de Romanones, Sánchez Toca, Sánchez Guerra, etc., etc.

Ha pasado el minuto.

(Puede continuar la enumeración quien guste.)

SALVADOR RUEDA.

LAS FIESTAS DEL CARROUSSEL



ANTES DEL DESFILE

MODISMOS CASTELLANOS



o vengo de la calle, como vulgarmente se dice; que he corrido muchas calles y plazas antes de llegar á LA GRAN Vía, que, dicho sea de paso, apenas sale á la calle, el público la arrebatá; y no pienso meterme en un callejón sin salida para no verme obligado á decir: «Te engaño, me mudo, y no sabes donde vivo.»

Hay por esas calles de Dios cada guardacantón (léase hombre, pero con reservas), que da pena verle; parece que los han sacado á la plaza pública para que todo el que se tropiece con ellos en la calle les deje el paso libre; en cambio hay otros que, en cuanto pisan la calle, parece que toda es suya, y no pasa una rata á su vera sin que la demanden el correspondiente saludo. Yo, en cuanto pongo el pie en la calle, no hago más que encontrarme de estos seres callejeros, que parece que no tienen nada que hacer, porque se pasan todo el día en la calle, y muchos la noche además.

Muy cerca de mi calle, que no es mía, pero que vivo en ella ó en una de las casas que la componen, ó, para mejor decir, en un cuarto de una casa de esa calle, que no nombro por no ofenderla ni avergonzarme, vive un señor Calleja y Plaza, que tiene una mujer de esas de la plazuela y que tiene también una hija de esas del arroyo, á quien ha echado más veces en la calle que lentejas dan por mil duros. Á su mujer también la puso de patitas en la calle cierto día en que tuvo que andar de calle en calle buscándola como un policía, y aunque toda la calle se enteró del caso, á ella no la importó gran cosa, por aquello de que el que no tiene vergüenza toda la calle es suya.

Están las calles perdidas de barro, y, sin embargo, yo me echo á la calle en cuanto amanece; cruzo calles y plazas como un loco, hasta que caigo en la calle de algún amigo, en cuya casa descanso.

A veces, y cuando estoy de buen humor, canto aquello de

«Cuando paso por tu calle
compro pan y voy comiendo,
porque no diga tu madre
que de verte me mantengo.

»Por esta calle que vamos
echan agua y salen rosas,
y por eso la llamamos
la calle de las hermosas.

»Yo soy como aquella piedra
que está en medio de la calle,
todo el mundo la tropieza
y no se mete con nadie.»

Ó lo otro de

«Por la calle abajito
van dos carretas;
como llevan tócono,
van rechinando.»

que ni es verso ni es verdad, pero que es un cantar de los más populares.

Vivo á puerta de calle, y como tengo una hija que no la hay mejor en la calle ni en cien leguas á la redonda, la pasean ó la rondan la calle infinidad de tórtolos, uno de los cuales midió la calle el otro día por efecto de un empujón mayúsculo que le dió no sé quién.

Estoy á punto de que mi casero me ponga los trastos en la calle y me deje en mitad de ella ó en medio del arroyo, que de ambos modos se dice, y entonces me voy calle arriba á buscar quien me ampare, ó, de lo contrario, alboroto la calle y desacredito al tirano.

Sigo derecho una calle y no paro hasta volverla, como aquel que no sabe á dónde va á parar la calle que sigue, pues si la tuerzo antes de tiempo me expongo á no dar con la que busco.

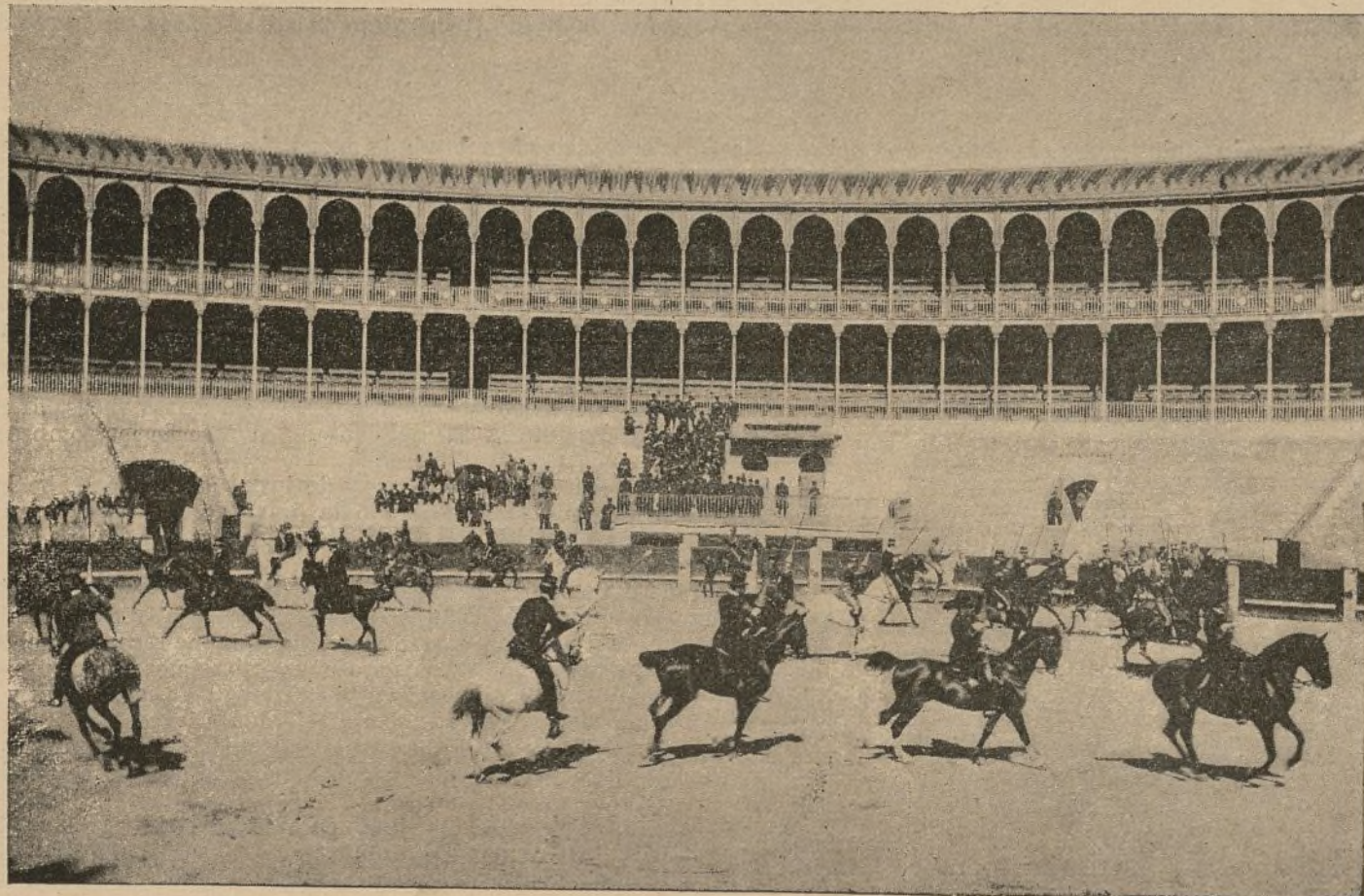
Nadie al verme en la calle dice quién soy, pues parezco un caballero según ando por ella, aunque algunas veces se me ocurre el refrán de que «quien de ajeno se viste, en la calle lo desnudan».

Dos ó tres veces nos hemos echado ya á la calle un rival mío y yo; pero no ha pasado nada porque en cuanto yo me he visto en ella, le he dado.... todo género de satisfacciones, por aquello de que no se parasen las gentes en la calle, ó, lo que es igual, que no se enterase nadie de nuestras disputas, y me marchaba calle abajo como si tal cosa.

Dirán ustedes, y con razón, que parezco un charlatán de plazuela; pero como en la calle nadie me manda y hago lo que quiero en ella, y en ella soy un rey, como cada quisque, no dejaré esta calle, que no he tomado todavía, hasta que me parezca oportuno.

—¡A la calle, á la calle!—dirán ustedes todos; y yo me echo fuera de ella porque, á pesar de ser larga, la he andado toda, de arriba á abajo.

RAMÓN CABALLERO.



LAS EVOLUCIONES

(DE FOTOTIPIAS DE A. NIETO)

SIEMPRE VIVA



En día lluvioso y frío atravesé á caballo una de las montañas de Galicia.

Las gotas de agua y el aire Norte me pinchaban en la cara y hacían lagrimear mis ojos.

La taciturnidad del paisaje turbio hacíame creer que la Naturaleza estaba como yo, arrebozada en pardo capuchón, encogida, malhumorada, exprimiendo una á una ideas melancólicas, y apurando su amargor suave al compás del cansado ritmo de la lluvia.

Yo seguía mi camino, y el agua seguía el suyo, chafando y salpicando de lodo la campiña; viéndola y pasando de melancolía á melancolía, acordéme de cualquier Magdalena que se resigna á padecer del hígado y llorar su pasado.

Hay cosas que no tienen remedio, y no lo tiene que en tales días le asalten á uno las ideas más extravagantes, como variaciones del mismo persistente y triste motivo: la canturía plañidera del continuo llover.

De vez en cuando, una nortada pretendía inútilmente tender en la tierra la gran cortina de agua que caía, arrugándola, plegándola y haciéndola ondular y gemir; y sin saber por qué, esto producía en mi interior no sé qué vacíos difusos, y luego levantaba dentro de mí algo que pudiera llamarse nieblas tristes, que ascendían y velaban mis ojos; nieblas melancólicas como las que en otoño cuelgan de los sauces....

¿Qué era aquello? Un médico le dará un nombre feo; las gentes sin alma de artista dirán una tontería; y á las personas que saben lo que es abandonarse á la paz de la tristeza les diré sin rebozo que aquello.... era ganas de llorar; que los recuerdos que como hiedras se retuercen y enroscan al corazón, oprimen más cuando se estiran y agarran por extrañas asociaciones á cosas de la vida real, al monótono cantar de las goteras, á los rezos misteriosos de las fuentes, á las tonadas de los campesinos, sencillas, lentas y solemnes, como el último *adiós* de la partida; á cualquiera objeto, acción ó persona, incluso al correr de la lluvia, la cual parece que iba á nuestro lado y que, impulsada por el viento, nos abandonaba en el solitario monte.

¿A quién el mudo avanzar de las nubes no paralizó los ojos, y no ofreció el ancho espacio la tentación consoladora de desahogar sus penas? ¿Quién no se reclinó en el regazo maternal de la melancolía, viendo pasar bajo el puente las aguas gemidoras de los ríos? ¿Quién no rimó con sus quejas más recónditas los lamentos perezosos de las olas marinas que llegan cansadas y se dejan caer sobre el duro lecho de arrecifes y muñones de roca? ¿Quién no *subió* el alma al más alto crestón de la montaña fronterá, para llorar en sobrenatural soledad los rigores de la vida? ¿Quién no ambicionó un momento la paz del jardín claustral? ¿Quién no tuvo necesidad de esconder en el dormido bosque el nido vacío de sus ternezas, de bañar en la luz del sol poniente la somnolencia de sus soledades, de conversar sin palabras con las sombras nocturnas, con las nieblas de los esteros.... y con todas las misericordiosas melancolías que constituyen el alma de la Naturaleza?

Vive de recuerdos el hombre. Y en verdad que para evocarlos y sentirlos no hay templo más augusto que la campiña gallega, en la cual, á la sombra de cada hoja y de cada flor, se retiraron á yacer, envueltos en niebla, gérmenes de *morriña* y de vagos y románticos anhelos.

Quiero decir con todo esto que nadie extrañe que yo, que iba por el monte aspirando á bocanadas el aire triste de mi patria, tuviese aficciones como una romántica niña con ambiente de mujer, y estuviera más que nunca dispuesto á dolerme de las ajenas desventuras.

* * *

En un prado lindante con el camino, una pobre niña de cinco ó seis años de edad apacentaba las vacas de sus padres. El frío había puesto en su redonda cara leves pelusillas de melocotón. Alas de sombra buscaron el triste nido de sus labios descoloridos. Y en sus ojos lánguidos parecía que se desperezaba silenciosamente un jirón de niebla soñolienta.

Aquella niña, mal cubierta con vestidos haraposos, flagelada del viento y de la lluvia, sola en el monte, sin el consuelo de humanos ruidos...., inútilmente llamaba sollozando á su madre, á su madre, que no podía oírla desde la otra vertiente de la montaña.

En vano le interrogué dónde tenía su choza y quiénes eran sus padres, y en vano intenté animarla para que abandonase el monte, pues la noche había de anticiparse á causa de la lluvia y de las brumas. Túvome miedo, y suspenso el llanto, se replegó mimosamente tras de las vacas, al modo que se repliega y esconde la flor del centeno al roce de las sombras crepusculares.

¿Quién sabe los secretos de las flores y de los niños! ¿Quién sabe las leyendas medrosas que habrá bocetado la imaginación embrionaria de aquella niña, tomando de su natural tristeza y del paisaje turbio los colores opacos y sombríos!

En el monte hube de dejarla; pero confieso que el paisaje parecióme, con aquella débil figura, doblemente triste y desolado, y que el vaho de las vacas, caliente y humeante, por lo mismo que me recordaba el hogar con todos sus atractivos, hacía á mis ojos más solitaria é interesante aquella criatura sin juventud, entregada á la intimidad de su espíritu y á las vigilantes preocupaciones de una labor diaria, lenta y rigurosa.

Una hora más tarde llegué á una casucha aislada, en la cual pernocté y la pobre niña llegó después que yo á la misma casa, que era la de sus padres.

En torno de la leña humosa que ardía en el hogar contemplé durante la velada á Marcela. Vestida con algunas prendas de su madre, calzada con *zuecos*, en cada uno de ellos se moverían holgadamente los dos piecitos; era como una viejecita que renaciese; una viejecita de seis años, sin arrugas ni canas, sin alegrías ni juegos; con velos de tristeza colgados de las pestañas, con perezas y reposos enfermizos en los labios, y fatigas y cansancios en la mirada.

Aquella noche, como ofrenda á las tristezas de Marcela y para con-



SRTA. D.ª ROSA ARNAL
DISTINGUIDA TIPLE DADA Á CONOCER
CON ÉXITO EN «ESLAVA».

suelo de sus aficciones futuras, la enseñé el pensamiento de Baudelaire: «El dolor es la única nobleza.» Y al siguiente día, cuando me despedí, me repitió la niña varias veces, con la incontinencia propia de la edad, la grave sentencia del escritor francés.

Algunos años después pernocté nuevamente en la casa de Marcela. Pregunté por ésta, y sus padres dijeronme, entre sollozos, que el invisible y traidor pájaro negro, la tisis, la había chupado la sangre.

Marcela tuvo una infancia y una pubertad desmedradas y enfermizas. De pronto un germen de vida estalló dentro de su cuerpo; curvóse su pecho; esponsorjéronse sus carnes, las cuales rellenaron hoyos y redondearon ángulos; se encendieron sus ojos, y una corriente nerviosa vibró por sus miembros, dándoles aposturas gallardas y movimientos donairesos, que eran lo que al castaño su ramazón pomposa y oscilante. Pero fué la vida de una primavera; el verano la agostó, y las ráfagas del otoño la hicieron caer en la fosa, con la palma de su doncellez.

En los minuciosos detalles que, con verdadera crueldad, arranqué á los desgraciados padres acerca de la vida de Marcela, sorprendí su alma de artista, ignorante é ignorada.

La pobre pastorcita vivió siempre triste: su compañera y amiga fiel fué la melancolía; su amor único, el monte. En él cantaba dulces baladas, que componía combinando quejas del pinar y sollozos de las fuentes, con rimas de los pájaros y gemidos del viento. Tenía cantos, suaves como una oración, para despertar á las aves; tiernos, como una caricia de madre, para cerrar al anochecer la corola de las flores; perezosos y arrulladores, para reunir y adormecer al ganado en las horas de la siesta, que se cunea en el campo.

Tomó del huracán gritos de dolor desesperado; de la lluvia, débiles vagidos; de las hojas que caían, alados suspiros de agonizante; de los ecos y ruidos de las grutas, resonancias de ultratumba, todo esfumado en un tono melódico, que hablaba vagamente al alma de los anhelos silenciosos, de las cosas inanimadas, y de los cabeceos de un espíritu soñador, que se deja socavar por un gran sentimiento artístico.

—Tuvo dos caprichos—me decían sus padres.—Quiso morir en el campo, y nos hizo prometer que de la cruz que señalase su tumba, había de pender siempre un papel que dijese: «El dolor es la única nobleza.»

—¿Y ustedes cumplen la promesa?....

—¡Ah! Sí, señor; de vez en cuando vamos á visitar al maestro de escuela para que nos haga carteles.... Vea usted seis que tenemos de repuesto....., todos dicen igual....., y cuando el viento arranca el que estaba en la cruz, ó la lluvia lo borra, lo sustituimos.....

—Y á mí me parece entonces—añadió la madre—que mi Marcela me sonríe desde la tumba.....

SEGUNDO CARRERA.



EL EMBARCADERO

(Dibujo de R. Romero de Torres)

TEMPESTAD Y CALMA

I.

¿Que amo la tempestad? Oye, la he amado:
mil veces con insólita alegría
vi pasar del ciclón la onda bravía
y avanzar entre truenos el nublado.

Ante el mar que bramaba, desbordado,
sintiendo el rayo que al caer le hería
cual saeta de fuego, yo reía
embriagada en el aire renovado.

Y del roto equilibrio de la esfera
por resentir el choque, ansió la mente
ver conmoverse la creación entera.....

Que ante aquella explosión de lo inconsciente,
por inmortal, el alma, libre, y fiera,
desafiaba al rayo y á la muerte.

II.

He visto hundirse en simas tenebrosas
hogares, y riqueza, y poderío,
cual dotado de instinto y de albedrío
tiende el ciclón sus alas espantosas.

Se conmueven los brutos y las cosas,
cae el hombre, desplómase el vacío,
y en el furioso mar se abren, ¡Dios mío!,
tantas cual curvas sepulcrales fosas.

Amedrentado ante el rugir del trueno,
ya de los elementos la batalla
no busca el corazón de audacias lleno;
el rayo esquiva que en el aire estalla,
y ama de Abril atardecer sereno
cuando armónico el orbe, siente y calla.....

SOFÍA CASANOVA DE LUTOSLAWSHI.

« FIBRAS QUE LATEN »

Mejor que *Fibras que laten*, cuadraría á esta obra el título de *Mundología*, por el escritor, que no se muerde la lengua, D. José Pons Samper.

Efectivamente; en punto á llamar las cosas por su nombre, á decir cuántas son cinco á todo encubierto con disfraz que no le corresponda; en punto á poner los puntos sobre las ies á mucha gente de torcidas intenciones, y á enmendarle la plana al que la llene en contra de como Dios manda, el Sr. Pons Samper da ciento y raya á muchos, y posee el caudal de observación necesaria sobre el trato corriente y común de las gentes, para soltar cuatro verdades al lucero del alba.

Todas aquellas malas artes de que la gente se vale para conseguir fines que no son precisamente los de la belleza ó la moral; los resortes, las teclas, las aldabas, que suelen tocar los taimados de oficio y los que viven á salto de mata; los triunfos de escaso vuelo planeados *por tablas*; la urdimbre, toscamente tejida, para realizar algún intento, toda trapacería de la sociedad en su vivir diario, está estudiado y puesto de relieve en el libro *Fibras que laten*, del Sr. Samper, á quien consideramos con talento social, ante todo, y capaz de ser político de vista de lince, por ejemplo.

Leyendo su libro, se nos ha ocurrido que podría describirse, al modo que de cierta clase social se hizo ya por los primorosos autores del clasicismo, esta otra clase moderna de la sociedad en lo que tiene de maleante, de rufianesca, de aguzada de ingenio, de perdida, pero de perdida de levita, y de trapacera de frac, es decir: cantar, con todo el arte de un afiligranado estilista, al *Lazarillo de Tormes*, pero de americana y hongo; á *La tía fingida*, pero de vestido de seda; á *El gran tacaño*, pero con el traje raído del cesante.

Ante todo, y para producir emoción duradera y bella, habría de hacerse esa labor con las galas más cultas y primorosas del ingenio literario, y habría de ser la que se realizara, obra de arte.

Volviendo á *Fibras que laten*, obra encaminada no á la iniciación de ese ideal, sino á chamuscarle la piel con la pólvora de la crítica á todo cristiano que no camine recto, habremos de decir que sólo tenemos elogios para la sagacidad de observación del Sr. Samper, para su franqueza al emitir juicios y para su despreocupación al tirar de la manta encubridora de tanta aviesa idea.

El suyo es libro para ser leído por todos; pero singularmente por la clase popular, que entendería, leyendo al Sr. Samper, como ella suele decir, *el pez de limón y la aguja del marear*.

Un aplauso á este joven por su primera guerrilla realizada tan bizarramente en el campo social.

R.



COPLAS

Sobre la tirante
tela donde bordas,
saltando se agita tu mano de nieve
como una paloma.

Ese armazón de cristales
de tu saliente ventana,
es una urna con flores,
donde se exhibe tu cara.

ENRIQUE REDEL.

PARA LA EXPOSICIÓN DE PINTURAS

(FUERA DE CONCURSO)



(DIBUJOS DE OLLA.)



Cuadro de historia..... pero de mucha historia.



De género..... dudoso.



Apunte de un bodegón.



Cabeza de estudio.



Un pastel.

ACTUALIDADES

« LA GRAN VIA » AL PÚBLICO



¡Qué mayor actualidad que la de salir hoy el número presente dedicado á dar infinitas gracias á mis queridas y queridos lectores, por haberme dispensado tanta aceptación en el transcurso de mi corta vida! La alegría de haber llegado á cumplir un año con completa felicidad, y, en el mismo, haber llegado á una altura y un estado tal de robustez, que mi vida se encuentra asegurada, me embarga el ánimo..... y esta página, para hablar de otros asuntos que no sean los míos.

Yo, siempre modesta, he procurado hacer todo cuanto á mi alcance ha estado y que he creído ha sido del agrado del público. Nací, y como es ley natural, no nací enseñada; he tenido que aprender, y lo he hecho, y mi principal estudio ha consistido en seguir, al pie de la letra, el programa que mi querido director Felipe Pérez redactó en su preciosa dedicatoria á la prensa en mi primer número.

El resultado, como no podía ser menos, ha sido brillante, mereciendo la aprobación del público, único juez para mí siempre respetable, y siempre por mí querido y respetado.

Sin haber, ni pretendido siquiera ser maestra nunca, pidiendo á todos consejos, brindando sincera amistad á todos, viviendo como he nacido, humildemente, no compitiendo con nadie y aprendiendo de todos, voy todavía por estrecha vereda, próxima á encontrar amplio y recto camino que me conduzca á ancho campo; el campo de la gloria como recompensa á mis sacrificios.

A pesar de todos estos triunfos, no estoy ni medio contenta todavía; quiero más, y trabajaré constantemente á fin de llegar á mi ideal; ofrecerme cien veces mejor de lo que ahora soy. Esto, primero por amor propio, y por el gusto que me da que me halague el público, y segundo, por ustedes, que son los que quiero que con esto salgan siempre gananciosos.

Nada más por hoy, y suplicándoles me sigan favoreciendo como hasta ahora, no me queda más que ponerme á los pies de mis amigas las lectoras, besar las manos á mis lectores, y dar las gracias á todos los escritores y artistas que con sus notables trabajos me han favorecido.

LA GRAN VÍA.

¡¡QUÉ DÍA!!

—¡Dulce María!
—¡Caro Vicente!
—¡Hoy hace un año!
—Precisamente.
—¿Te acuerdas mucho?
—¡Que sí me acuerdo!
Guardo en el alma
siempre el recuerdo.
Yo aquí cosía.
—Y yo á tu lado
mira que mira
todo embobado,
me trastornaba
tanta hermosura.
—Yo no hacía caso
de la costura.
Me pinché un dedo.
Perdí la calma.
—Y aquel pinchazo
sentí en el alma.
—¡Vaya una herida!
—No fué tan floja.
¡Qué efecto me hizo
tu sangre roja!
—No la dejaste
llegar al suelo.
—Te la enjugabas
con mi pañuelo.
—Sentí un trastorno
que aun no me explico.
—De pronto pasa
voceando un chico....
—¡Ay mi Vicente!
—¡Ay mi María!
«El primer número

de LA GRAN VÍA!»
—¡Ay mi María!
—¡Ay mi Vicente!
—Hoy hace un año
precisamente.
Bajé á comprarlo.
—Pronto subiste.

—Lo desplegaste.
—Y lo leíste.
—Nos recreamos.
—Nos divertimos.
—¡Lo que gozamos!
—¡Lo que reímos!
—Después..... es claro.

—¡No lo recuerdes,
porque me matas,
porque me pierdes!
—No seas nerviosa.
—¡Cuánta alegría
nos dió aquel número
de LA GRAN VÍA!
—Lo festejamos
divinamente.
—¡Que hoy hace un año!
—¡Dale, Vicente!
—Y hoy se celebra
su aniversario.
Y hoy sale un número
'extraordinario.
—¿Vas á subirlo?
—¡Claro, María!
Repetiremos
tanta alegría.
En cuanto salga,
dejas el traje.
—¡Si corre prisa
que en él trabaje!
—Trabajas luego
ligeramente,
como hace un año
precisamente.
Ya sabes hija
que hoy hace.....

—¡¡Dale!!

—¡¡Oye!!

—¿Qué pasa?.....

—¡Pues.... que ya sale!



RICARDO MONASTERIO

CONSUELO

Un tuerto se dolía
de su desdicha, con amarga queja,
y un ciego le decía:

—¡Da mil gracias á Dios porque te deja
un ojo todavía!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.



Los grabados del *Carroussel* que en este número verán nuestros lectores están sacados de dos hermosas fotografías de la famosa casa de A. Nieto, Puerta del Sol, 15. Dicho establecimiento fotográfico ha tenido la atención, que le agradecemos, de hacernos tan precioso regalo.

Los celebrados grabadores Prats y Quintana demuestran que cada día hacen nuevos progresos en su arte: en este número de LA GRAN VÍA verán nuestros lectores cómo los grabados, en su mayor parte, son más finos, más exquisitos. Débese esto á que los Sres. Prats y Quintana ensayan en la actualidad un procedimiento nuevo de grabado, debido á ellos mismos, el cual ha de dar un resultado maravilloso.

Entre los muchos periódicos americanos que últimamente han publicado el retrato y la biografía — popularísima desde hace tiempo en toda la América latina — de nuestro director, D. Salvador Rueda, figura uno, *El Mensajero Antillano*, que es una publicación de lo mejor que ve la luz en España y en Ultramar. Dicho sin género alguno de lisonja, *El Mensajero Antillano* trata más asuntos que la mayor parte de los periódicos, y su lectura entraña interés para todas las clases sociales. Mil gracias por su exquisita galantería al Sr. Prieto, dueño de esta publicación, y al distinguido escritor Sr. Cuéllar, por los hiperbólicos elogios al Sr. Rueda, con los cuales acompaña al mencionado retrato.

GUIJOSA, DENTISTA

DENTADURAS INAMOVIBLES

CARRETAS, 13, PRAL.

DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25

INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERNERA

Vacunación diaria de 2 á 5.

Se vende y remite vacuna á provincias.

FOSFATINA FALIÈRE

ALIMENTO DE LOS NIÑOS

¡POBRE NIÑO!

Cesa en tu llanto, cesa;
tu mejilla no mojes;
—¡Si es que quiero, Teresa,
uno de esos relojes
que venden en La Inglesa!

17, PRECIADOS, 17.

¡ASEGÚRALO!

Aunque el pecho te enharines,
blanco como los jazmines
nunca has de llevarlo, Herrera,
si no usas blanca pechera
en camisas de **MARTÍNEZ**.

San Sebastián, 2, Madrid

SOLUCIONES

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 101.

AL PROBLEMA ARITMÉTICO:

$$\begin{array}{rcl} 11 & + & 1 = 12 \\ 14 & - & 2 = 12 \\ 4 & \times & 3 = 12 \\ 48 & : & 4 = 12 \\ 6 & + & 6 = 12 \\ 18 & - & 6 = 12 \\ 2 & \times & 6 = 12 \\ 72 & : & 6 = 12 \end{array}$$

175 Número dado.

A LOS ROMBOS ACRÓSTICO CUBANOS:

| | | |
|--------------|--------------|--------------|
| M | M | G |
| CAE | CAL | ROS |
| MARTI | MACEO | GOMEZ |
| ETA | LEO | SEM |
| I | O | Z |

A LA PECERA:

B A C A L A O
M E R L U Z A
I. I J A
L E N A
M E R O
A N G U I L A
S A R D I N A

Banco Hispano Colonial

BILLETES HIPOTECARIOS DE LA ISLA DE CUBA

Emisión de 1886

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Julio próximo el cupón núm. 36 de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los señores Baring Brothers y C.ª Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada

uno de ellos representa, por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias, donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Julio, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona, 1.º de Junio de 1895.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano*.

Banco Hispano Colonial

ANUNCIO

BILLETES HIPOTECARIOS DE LA ISLA DE CUBA

Emisión de 1886

Treinta y seis sorteo de amortización

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el treinta y seis sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 3 de Mayo de este año, han resultado favorecidas las diez y siete bolas

Números 104—366—790—2.590—3.727—4.535—4.853—4.862—6.256—6.536—8.114—8.385—8.775—10 034—10.653—12.034 y 12.364.

En su consecuencia, quedan amortizados los mil setecientos billetes

Números 10.301 al 10.400 — 36.501 al 36.600 — 78.901 al 79.000 — 258.901 al 259.000 — 372.601 al 372.700 — 453.401 al 453.500 — 485.201 al 485.300 — 486.101 al 486.200 — 625.501 al 625.600 — 653.501 al 653.600 — 811.301 al 811.400 — 838.401 al 838.500 — 877.401 al 877.500 — 1.003.301 á 1.003.400 — 1.065.201 á 1.065.300 — 1.203.301 á 1.203.400 y 1.236.301 á 1.236.400.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Julio próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona, 1.º de Junio de 1895.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano*.